

Una miniatura en un manuscrito de *Clavis physicae* de Honorio de Autun muestra a un personaje (quizá se trata del autor) que tiene en la mano una faja donde se lee: "*Involucrum rerum petit is sibi fieri clarum*", "este trata de esclarecerse desde la envoltura de las cosas". Podría definirse la desnudez como una envoltura, en el punto en que se vuelve claro que no es posible esclarecerla. Es en ese sentido que debe entenderse la máxima goethiana según la cual la belleza "nunca puede esclarecerse a sí misma". Sólo porque esta se mantiene hasta el final como "envoltura", sólo porque permanece en sentido literal "inexplicable", la apariencia, que alcanza en la desnudez su estadio supremo, puede considerarse bella. Que no se pueda esclarecer ni desde la desnudez ni desde la belleza no significa, sin embargo, que exista en ellas un secreto que no logra sacarse a la luz. Tal apariencia sería misteriosa, pero, precisamente por eso, no sería envoltura, porque siempre se podría continuar buscando el secreto que se oculta en ella. En la inexplicable envoltura, al contrario, no hay secreto alguno y, desnudada, esta se muestra como pura apariencia. El bello rostro, que exhibe sonriendo su desnudez, sólo dice: "¿Querías ver mi secreto? ¿Querías esclarecer mi envoltura? Entonces, mira esto, si eres capaz, ¡mira esta absoluta, imperdonable ausencia de secreto!" El matema de la desnudez es, en este sentido, simplemente: *haecce!*, "no hay nada más que esto".

Y, sin embargo, es precisamente ese desencanto de la belleza en la desnudez, esa sublime y miserable exhibición de la apariencia más allá de todo misterio y de todo significado, el que desencadena de algún modo el dispositivo teológico, para dejar ver, más allá del prestigio de la gracia y de los halagos de la naturaleza corrompida, el simple e inaparente cuerpo humano. Es decir, la desactivación del dispositivo retroactúa tanto en la naturaleza como en la gracia, ya sea en la desnudez como en el vestido, liberándolas de su signatura teológica. Ese simple habitar de la apariencia en la ausencia de secreto es su especial temblor: la desnudez que, como voz blanca, no significa nada y, precisamente por eso, nos traspasa.

Giorgio Agamben, Desnudez.